

ble henchido de chucherías, que jamás abriremos para no profanarle, pero que nos recuerda tantas exquisitas ternuras. En la soledad tenebrosa algo nos acompaña, y la figura austera del padre, sorprendiéndonos al enjugar en los ojos el llanto y al acariciar con temblorosa mano nuestra cabeza, nos recuerda que debemos hacer del hogar un santuario y del deber un culto.

¡Ay de aquel que ha visto hincharse de nuevo las ropas plegadas, abrirse con estrépito las apollilladas cajonerías y resonar la risa en las estancias trasformadas por el amor senil! Es un acierto de Crehuet al presentarnos al hijo idiota. El dolor del huérfano insultado idiotiza. Parece que recibe en el rostro toda la tierra que cubre un sepulcro, y que una voz le grita: «Sólo te quedaba un recuerdo; pero ese no le tendrás ya puro é intacto. ¡No, no le tendrás...»

*
**

¡Cuánto no se ha dicho en contra de la horrible pena de muerte! ¡Qué de razones no se han aducido contra su eficacia! Toda una escuela científica penal ha sostenido que sólo hay derecho á corregir; pero que la palabra castigo tan sólo es propia de los pueblos bárbaros. Nada menos que una moderna ciencia, la Antropología, sostiene que no es el delincuente responsable, que todos sus actos son fatales y que, así, sólo es justo evitar que produzca mal y buscar el remedio en evitación de los hechos de otros criminales posibles. El hombre no realiza conscientemente el mal. Es hijo, las más veces, de la herencia, de la constitución orgánica, del medio, de la educación, de lo que los antiguos higienistas llamaban *ingesta* y *circunfusa*. No pudiendo comprender la antigua

Teogonía que la mujer libremente pecase, fingió la serpiente. No comprendiendo que el error fuera eterno é irremediable, soñó la contrición. Y ¿quién puede, realizando la ambición del filósofo, *cognoscere causas*? ¿Quién desdoblar esa substancia gris en que las tempestades toman como en las nubes forma de serpentinas?

¡Matar! Pero matar nada resuelve. No es más que la estéril venganza ó la reprensión que, en Esopo, al infeliz escolar ahogado dirige el pedagogo pedante. Matar porque se mató es tropezar porque otro tropieza, renegar de la inteligencia porque otro no ha sabido pensar. Però desatinar, tropezar y cometer el yerro en nombre de la ley. Como si la ley de los hombres pudiera llegar á la ley de las cosas, y fuera lícito cuando la Naturaleza, concediendo vigor, juventud, brillo á los ojos y colores á las mejillas, dice á una mujer: ¡Vível renegando de nuestra misión en la tierra y de nuestro papel de intérpretes de cánones augustos, exclamar iracundos: ¡Muere!

*
**

Presupone la falsificación algo que se imita; pero ¿en dónde están los modelos? No hay Filipos en Macedonia; no hay en esta Acrópolis Fidiás. Falsificar... ¿qué y cómo? ¿La austeridad de los gobernantes? ¿La cultura de los gobernados? ¿La fecundidad de las tierras? ¿La pureza de los productos? Sólo es posible sofisticar idealidades, y esas, ¡ay! están todas sofisticadas...

Falsos amores... Pero ¿en dónde están los sinceros? Amistades falsas... Mostradme una auténtica, como un grano de mijo. Falsas idealidades. Venga una clara, limpia, oxigenada, virgen,

en que el espíritu pueda sumergirse y perderse, como el rayo de luz selenita en el cielo estrellado.

Ciertamente, esta generación, colocada entre dos crepúsculos, pide algo verdadero y de buena ley. Algo duro y brillante como el exergo de las doblas, algo resplandeciente como los viejos y untuosos centenes. Y no lo encuentra, ni en las ideas ni en las cosas. La codicia y la pequeñez han hecho un mundo de similor. Los comerciantes al por menor no hacen sino transmitir esa antorcha humeante que encendió al universo la llama primera de la primer falsía.

*
* *

La alondra.—¡Qué frío! Mi plumón se cubre de escarcha y siento que traspasa mis huesos el hielo de la niebla. ¿Cuándo amanecerá?

El ánade.—Ya llega el alba. Mira cómo blanquea el horizonte; pronto se ungirá de amaranto esa nubecilla que flota sobre el lago. Pero no podré saludar el día desde las aguas, cubiertas de témpanos. ¡Si hoy pudiera quebrantarlas el sol!

El gusano.—¿Quién se queja? ¿Quién salmodia melancolías? Haceos en el limo un alcázar, garfead en las ciénagas, ahondad en el fango, como los hierros del gánguil. Allí está el calor y la sensación voluptuosa. ¿Queréis volar muy alto, haceros un nimbo con rayos de luna, escrutar las constelaciones que parpadean, mirar al sol de frente? Aletead á vuestro donaire. Pero, sabedlo: la idealidad es fría.

El ánade.—No: es tibia, es dorada, es consoladora.

La alondra.—Allá abajo, sobre la escarcha, ¿no veis? hay un bulto rígido.

El gusano.—¿Rastrea?

El ánade.—No.

El gusano.—Entonces no vive. Corre y dime si es algo infecto. Iré allí con mi compañera á mejorar la especie.

La alondra.—Es una mujer muerta. Tiene alzados los párpados sobre el esmeril de los ojos sin luz. Los dedos muestran su crispatura como encarrujamiento de agonía.

El ánade.—Muerta en la primavera, hubiera vertido sobre ella el granado randas de pétalos y el almendro haldadas de flores.

El gusano.—Dejadla; es mía.

La alondra.—¿Por qué?

El gusano.—¿Queréis saber su historia? Esa mujer era linda y feliz. Una vez pasó cerca de mi escondijo. Yo mismo vi como su pie menudo aplastaba á mis crías. Iba á su lado un mocetón apuesto, insinuante, de ojos grandes como flores de endrino y brillantes como luciérnagas. Detrás de los amantes renqueaban dos viejos, embelesados en sus juegos. Andaba el galán firme y seguro; su paso mostraba su reciedumbre. La enamorada hollaba el suelo apenas; no se sabía si el eco de sus pasos era rumor de plantas de mujer ó de crías de duende. La marcha desigual de los padres recordaba la isocronía del viejo péndulo en desnivel.

La alondra.—Es verdad. Yo también les he visto tejer arras de espigas y anillos nupciales de juncos. Por eso preludiaba mi epitalamio.

El gusano.—Por eso serán míos. Cuando se ama, se muere.

El ánade.—Luego, un día vinieron solos. Se acercaron al lago, y ella me arrojaba semillas y cerezas. Después lloró, y él, sujetándola por la

nuca, le dió un beso en la boca, largo, muy largo. Tuve tiempo de alisar al sol mi plumaje.

La alondra.—¿Y qué más?

El gusano.—Nadie lo sabe. Pero yo os lo diré, porque he registrado muchas fosas y soy adivino. Los viejos murieron de pena, y él la abandonó. Al canto de Tibulo sucedió la ironía de Nason. Se vió perdida y se arrojó al torrente del vicio. De allí salió con el alma maculada y el cuerpo marchito. Al fin, ya lo veis, ha venido á morir al teatro de su efímero triunfo. La noche la ha sorprendido hambrienta y fatigada y se ha desplomado en ese fango que antes aplastaba orgullosa.

La alondra.—No, no es esa su historia. Yo he escudriñado muchos nidos y sé mejor que tú adivinar lo imperscrutable.

El gusano.—Cuenta.

La alondra.—Cuando ella se vió abandonada lloró; lloró tanto como esas gárgolas que, en las iglesias derrumbadas, parecen destilar en las noches de niebla el llanto pausado de la perdida fe. Después, resignóse y fué buena. Trabajando con ansia y fervor noche y día, sólo tuvo un propósito: redimirse. Quería allegar un pequeño tesoro para buscar el sitio en que sus ofendidos viejos reposaban su sueño místico y adornar aquella sepultura recubierta de musgo y orlada por jirones de niebla trémulos. Quería arrodillarse allí, para depositar temblorosa el premio de todas sus ansias, el fruto de todos sus desvelos, para morir al fin con las manos cruzadas cerca, muy cerca de sus viejecitos.

El gusano.—¿Romántica? ¡tanto peor!

El ánade.—Calla; tú hablas como gusano y ella como alondra.

La alondra.—Pero un día supo que, muy

cerca de allí, su seductor desfallecía de desesperación y de angustia. Había dispuesto de una suma que no era suya, tenía que devolverla antes de salir el sol, y si no acertaba á cumplir tal propósito, su crimen sería descubierto y él deshonorado para siempre. Entonces todas las memorias de la triste reverdecieron; todas sus glorias de adolescente fueron evocadas. Sintió sobre su corazón la opresión tierna del pecho del infame, y en sus labios el ascua de aquel beso tan largo, tan largo, que el ánade pudo, mientras duraba, alisar sus plumas. Quiso devolverle honor por infamia y amor por olvido. Abrió su cajita de sándalo, sacó de ella las pequeñas monedas y le pareció hallar sonrisas en sus exergos; recogió los papelitos policromos que representaban tanta labor y creyó hallar ósculos en sus cuidadosos dobleces. Había que partir, llegar con el alba; lo exigía la salvación de su propio verdugo. Y emprendió la jornada por el mismo camino en donde tantas veces, escuchando mi melopea, aplastó á un tiempo mismo gusanos y clemátidas con sus pies menuditos como crías de duende.

El gusano.—¡Oh, imaginación; por tí somos ciegos!

El ánade.—¡Oh, bondad; por tí somos salvos!

La alondra.—La noche era oscura y el cierzo frío. Caminó durante mucho tiempo guiándose en la sombra por adivinación, por instinto, y perdió la senda finalmente. Después de tres horas de marcha, sintió el invencible deseo de arrojarle sobre el ribazo, en donde bordoneabais un casi imperceptible rumor tú y los tuyos. Mas la noche daba en la cúpula estrellada su vuelta solemne, y un gallo modulaba muy lejos su marcial égloga. Había que llegar, llegar antes del alba. Y un frío

mortal, un desfallecimiento supremo, apoderóse de la infeliz en el total silencio de la noche augusta.

El ánade.—¿Y no llegó por fin?

La alondra.—No llegó; ya lo ves. Allí yace tendida como una Mireya del frío. Para ella la muerte; para el miserable, la infamia. ¿Y qué menos?

El gusano.—¡Pscht! No está mal. Tienes portentosa facundia. No has abusado del adjetivo. Hay ambiente; hay algo...

Voces lejanas.—¡El sol! Mirad cómo se eleva y derrama en haces de luz. ¡El valle, la montaña, el lago, todo se funde en oro! El disco del astro se eleva. ¡Es la consagración del día!

El ánade.—La Naturaleza siente en su frente el espasmo de un beso. Voy á alisar mis alas.

El gusano.—Yo me retiro al fango, adentro, muy adentro, á lo más hondo, adonde toman las raíces su savia. Voy á la tierra madre.

La alondra.—Yo, á la luz. ¡Arriba, muy arriba!

*
*
*

Yo sueño con que me quieran los ciegos, porque hay en mi corazón muchas negruras y en mi memoria muchas luciérnagas apagadas. Fatigado de mirar sin ver cosa alguna en un trozo minúsculo de un pequeño planeta, recuerdo que aquí todo es ceguera como en la maravillosa enseñanza del sueño de Escipión. ¿Qué importa ver las pieles humanas si no podemos fijar nuestras pupilas en el corazón de los hombres? ¿Qué representa mirar las cosas si no nos es dado averiguar su destino? Ciegos somos del alma las más veces; y ¿quién al detenerse delante de un cuarteto

de ciegos podrá asegurar que ha visto más en la realidad y acaso en sí mismo que aquellos hombres rígidos, aparentemente impasibles, que arrancan de la caja de un viejo y empolvado instrumento lo que en nosotros queda de idealidad?

¿Sabemos siquiera lo que supone la resignación ante el aislamiento, la paciencia ante la ajena barbarie, la dignidad en el infortunio? Yo quisiera que mi voz pudiera llegar á todos los ciegos, á todos los que quieren en vano dirigir su mirada á los hombres para expresarles su cariño ó su admiración, su dolor ó su queja. Y quisiera que todos me oyeran para decirles: ¿Por qué habéis de estar tristes? Vuestros sentidos están despiertos y suplen con exceso la falta de uno. Veis más que el loco, que el idiota, que el degenerado, que el que se rinde al vicio ó al mal. Veis más que el ofuscado por la pasión, que quien no analiza y compara, que quien no sabe encerrarse en sí mismo para examinar su propia obra y la ajena. Veis mucho más que el cegado por la avaricia, por el dolor y por el odio. Veis, en resumen, mucho más que todos los hombres.

Y pudiendo aislaros, cuando á bien lo tenéis, del mundo; pudiendo imaginar con Homero la Tierra y con Milton el Paraíso, le veis mucho más bello, más noble, más grandioso de lo que en la torpe realidad se muestra. Y de esa manera sois más dulces, más inspirados, más felices. Y llevando en vosotros la visión de una grandeza que nos es negada, podéis hacer brotar en las sombras la luz eterna de lo inefable.

*
*
*

Escenario: un centro de plata repujada. Personajes: LAS FLORES, apretadas en un tulipán de cristal bohemio; LAS FRUTAS, esparcidas sobre los labrados soportes. Todo el salón á media luz, proyectada por dos globos azulados y opacos en la mesa recubierta de inmaculado lienzo.

LAS FRESAS.—Somos las últimas del plantío; pero tenemos la sazón de la madurez y la dulcedumbre exquisita de la plenitud de las cosas. Nuestra dueña se acerca; veréis cómo ella nos escoge. Pronto, cubiertas de polvo azucarado, nos perfumaremos entre sus labios, recibiendo en ellos la mejor de las muertes.

LAS CEREZAS.—Os equivocáis: la juventud ama siempre los frutos tempranos y abomina de las cosas tardías. Estamos henchidas de savia nueva; somos turgentes y jugosas; anunciamos estancias de Anacreonte y rememoramos idilios. A nosotros nos será discernido el triunfo.

EL ALBÉRCHIGO.—Vosotras esperáis y yo desconfío. Es mujer. ¿Por qué habrá de escoger lo mejor?

LA CAMUESA.—¡Miren el escéptico con su piel aterciopelada! Sin duda que ha leído á Chamfort.

EL ALBÉRCHIGO.—No, sino á Ovidio. ¿No puede haber en los huertos humanidades? ¿Queréis agradar á la mujer? Heridla ó escondeos. El verdadero fruto femenino no está aquí: se llama paradoja.

LA CRISANTEMA.—¿Quién habla de gustos y preferencias? ¿En nombre de qué os atrevéis á disputarnos el triunfo?

LAS CEREZAS.—Somos la realidad.

LA CRISANTEMA.—Pero nosotras somos la promesa. ¿Qué vale el presente con su jugo ante la esperanza con su perfume? ¿Dónde visteis la juventud coronada de albérchigos?

LAS FRESAS.—Acordaos de la niña de la dolora: coge las fresas sin tocar las rosas. El utilitarismo lo invade todo. Ya no hay Fiéridas, ni Filis, ni Tirsis. Pasaron los tiempos de las esperanzas desvanecidas y de las ilusiones frustradas.

LA ROSA.—Pero yo no soy sólo una vana ilusión, sino un doloroso presente. Perfumo y hiero. Ella y yo somos almas gemelas. Llevamos dentro la ingratitud.

RUMOR DEBILÍSIMO COMO DE ALGÚN CORO LEJANO.—¡Vanidad es pensar en cosas que presto se marchitan; locura gloriarse de lo que tan pronto se disipa en el viento!

EL ALBÉRCHIGO.—¿Quién osa entristecernos?

EL GERANIO.—Dejadlos: son los pétalos mustios.

LA ROSA.—Callad, que ella viene.

LA DUEÑA (*entrando distraída y yendo á sentarse en un sillón lejano á la mesa*).—¡No acabaré de decidirme!

LA ROSA.—No nos ha visto.

LA CRISANTEMA.—Alguna preocupación honda le asalta. No parece que tiene intención de acercarse. ¿Lleva en sus ojos señal de llanto?

EL ALBÉRCHIGO.—No.

LA ROSA.—¿De penitencia?

EL ALBÉRCHIGO.—Menos. Oigamos, puesto que habla entre dientes.

LA DUEÑA (*abstracta*).—¿Encajes ó cintas? Si es á Trouville, randas; pero si es á Bermeo...

LA CRISANTEMA.—¡Oh decepción! Sueña con trapos...

EL ALBÉRCHIGO.—Prepara su viaje, y viajar es para las mujeres modernas pasear un hermoso modelo. ¿De qué os extrañáis? Cincuenta mil her-

mosas desdeñan en este momento las flores y las frutas para pensar en sus figurines.

LOS PÉTALOS MUSTIOS.—Adornar la carne mortal... ¿Para qué? En breve se tornará ceniza; volverá al cieno de que ha sido formada.

EL ALBÉRCHIGO.—Callen los brujos, que ya nos moriremos.

LA DUEÑA (*monologando*).—Si supiera á qué punto me llevan... Tal vez á un pueblo, á oír simplezas, á recibir ramilletes de flores cursis...

EL ALBÉRCHIGO.—Eso va con vosotras.

LA DUEÑA.—O á escuchar siempre la misma cantinela de las cosechas, de los trigos, de las frutas, que Dios confunda...

LA CRISANTEMA.—Aplicaos el cuento.

LA DUEÑA.—Pero si es á una playa elegante... Un vestido blanco *plissé* con aplicaciones de *Vallenciennes*... Otro brochado con *quipures*...

LA ROSA.—¡Qué lejos estamos de Teócrito! ¡Ah, orgullosa y soberbia! Tu vanidad se pierde un gran día. En el fondo del ramo te esperaba escondida una carta de amor.

LA DUEÑA.—A Fernando le escribiré que no vuelva. No quiero amorios; no tengo tiempo... ¡Ah! Una seda *modern style*, con incrustaciones de tul guarnecido de cinta cometa... Dos vueltas de frunces, manga sujeta al codo, corpiño bajo, con grandes botones de similor...

EL ALBÉRCHIGO.—Llorad, frutos endulzados geórgicos. Desfalleced, cálices odoríficos. La mujer sólo tiene una fija obsesión: los trapos.

LA DUEÑA.—Consultaré; es preciso. (*Sale pausadamente y da vuelta á la llave de la luz. El comedor queda alumbrado por un débil rayo de luna.*)

EL ALBÉRCHIGO.—Los viajes... ¡Malditos sean!

LAS FLORES Y LOS FRUTOS Á CORO.—No perderemos nuestra aureola, porque somos renovación, perfume, juventud, idealidad, naturaleza palpitante. Somos quien nunca muere.

EL GUSANO (*avanzando*).—¡Sois míos!

* * *

Los que emigran no son nunca los incapaces. Esos se resignan y mueren acurrucados en los tugurios, escondidos en los más ocultos parajes, más temerosos que de la muerte de la rebelión. Son los fuertes los que formulan la protesta viril, los que desprecian al fabulista que les habla de las falsas grandezas de las naves que van y tornan; porque ellos jamás piensan volver á esa tierra que les niega sus frutos, al fondo de esa sociedad que se interpone entre el surco y el troje para apoderarse de la semilla, á la comunidad de unos hombres que no sienten piedad de los niños que tienen hambre ni de las madres que les aprietan contra su seno para que no las vean llorar.

Es triste la primera noche en el mar, dentro de la negra sentina ó aterido en el puente en que se agita el angustiado y oprimido rebaño, lejos de aquel árbol que dió sombra al abuelo, cuando encendía con mano temblorosa su vieja pipa, de aquella fuente que oyó rumorosa las primeras frases de amor, de aquel hogar en cuyas paredes fueron registradas sobre el hollín las fechas memorables en que nacieron los nietezuelos. En la soledad del mar, que sólo ofrece á la vista negras, debe ser muy amargo espaciar la vista sin hallar una costa amiga y aun más ver cruzar á otro barco que regresa á la tierra que no se vuelve.

rá de seguro á ver, llevando en su mástil enhiesto ondulante la bandera española. Parecerá que los astros refulgen de otra manera y que las brisas traen soplos más fríos. Se buscará en vano una mano amiga que con una presión cariñosa conforte y consuele. Pero el niño se ha despertado y gime; aquel pedazo de carne blanda, que en la patria no tuvo ni pan ni abrigo, aquel retoño desgajado no puede morir, y por primera vez, con los ojos enjutos, se va pensando en la patria nueva.

Y así se van formando otras patrias, y encendiéndose otros hogares, y echando otros árboles raíces, y manando otras fuentes que han de presenciar otros nuevos idilios. Y así va quedando marchita, desangrada, exánime, esta patria española, viendo marchar los barcos en las tinieblas, oyendo el chirrido de las cadenas sobre las anclas, sintiendo que se acercará presto la hora de acompañar el postrer latido de sus venas exangües, si los pocos hombres que en ella quedamos no sabemos ó no queremos salvarla de una vez.

*
* *

No sé si ha sido Bebel quien ha dicho que el criado doméstico es de peor condición que el esclavo que trabaja en las minas. Una criada no tiene derecho al pudor. Se la supone siempre una corruptora de nuestros hijos. Y son ellos á veces los que abusan de su soledad y desamparo, y la acechan, la persiguen, la rinden, y por último, la abandonan, riendo de su cobardía como de una preciosa hazaña. La infeliz se encanalla ó muere. Alguna vez su estrella puede recordar la de la Dorothea de Goethe; casi siempre su inmenso infortunio es el mismo de Agar.

Si á los que nos consideramos mejores se nos dijera que tenemos el deber de velar por el porvenir, por el decoro y por la felicidad de esas mujeres, reiríamos de semejante dislate. Sin embargo, la afirmación es exacta. Están bajo nuestra guarda; viven debajo de nuestro techo. Cuando son malas es por culpa de todos. Pasó el tiempo de increpar al culpable, y ha llegado el de buscar las causas del delito en la sociedad misma.

*
* *

¿Por qué hemos de quejarnos? Pasó el tiempo en que los honores, los lauros, las aclamaciones, los vitores eran sólo para el artista; en que un pueblo de siervos se prosternaba ante el orador, el poeta ó el dramaturgo. Las apoteosis de un Homero son ya, por fortuna, imposibles; el nivel general de cultura es mayor y son muchos los genios que merecen el pedestal y el plinto; el arte se compenetró con la vida y sólo á su servicio es meritorio; se hace la vida cada vez más artística y menos despótico el arte puro. Después de muchos siglos de estremecimientos sublimes, de divinos espasmos y de vibrantes sacudidas, pero de esclavitud vergonzosa, de ignorancia y de tiranía, han averiguado las gentes que la Belleza, sin más, es algo sublime que para nada sirve, que nada remedia y que, alejada de la razón, no hace sino perpetuar las iniquidades y las infamias. Así, en todo estetismo va implícita una funesta regresión. Las coronas de los grandes artistas y literatos debieron colgarse sobre su médula. Ahora que aspiramos á la verdad, sólo pueden ponerse sobre el cerebro.

Y por eso han de reservarse á los sabios, á los

inventores, á los libertadores de pueblos, á los obreros desconocidos, á las mujeres ignoradas que santifican el hogar y educan á sus hijos, á los trabajadores anónimos que esculpen en el libro de piedra de los tiempos los mandamientos de la humanidad.

Es hora de desceñir los laureles marchitos, de que regresen los poetas á los oteros, donde su canto puede alentar á los trabajadores de la mina ó del surco. Y si no tienen ni verdades que revelar, ni injusticias que combatir, ni golpes que descargar en un edificio social que se derrumba, harán bien en tornar á los crepúsculos soñolientos, á los trémulos resplandores de las selvas umbrías ó á la llorosa soledad de los claustros que invaden las hiedras. Sólo una gloria es posible ya: la de todos. Sólo una divinización es posible: la de los hombres activos y humildes que, encerrados en el taller, en el laboratorio, en la biblioteca, trabajando por levantar el edificio nuevo, cumplen con su deber.

* * *

Son pocas las personas que miden la cadena de penas, de sobresaltos, de sacrificios que supone una carrera profesional, desde el día en que se viste al chiquitín su blusita y su cartapacio, para ir por primera vez á la escuela, y se le ve partir con las lágrimas en los ojos, hasta aquel en que, ya hombre hecho y derecho, se le mira llegar regocijado, trémulo, y arrojarle en los brazos de la anciana, para decirle con voz balbuciente:—¡Madre, ya soy doctor!

¡Qué de dolores, qué de martirios y privaciones! Han pasado diez ó doce años. Durante este

tiempo, Juan, el muchacho discolorado y rebelde, ha sido colocado en una oficina y vive con relativo desahogo; Felipe, el holgazán, ha aprendido un oficio y gana seis pesetas al día; Marcelo es comerciante y ha hecho con sus hermosas hojas de tocino un capital enorme; Baltasar es viajante, anda de fonda en fonda y luce hermosa cadena, con dije luciente de pedrería. Nicanor ha hecho una boda excelente. Todos han asegurado su porvenir. El, en cambio, tiene su título. *Por cuanto don Fulano de Tal...*, y luego un *Sobresaliente* ó un *Aprobado* en magnífica letra inglesa. Al pie, un funcionario asegura que *Va sin enmienda*. Es verdad. El muchacho es incorregible. De nada le ha servido el ejemplo de sus amigos, más vividores y más prácticos. Ha querido saber. Va sin enmienda. La sociedad se encarga de hacerle expiar dolorosamente su culpa.

* * *

Dejadme hacer mi propia apoteosis; hablar de mi glorificación de un día.

Debió ser en sueños. Pero ¿hay algo en la realidad? Yo había escrito una *Crónica* bastante medianeja. Como ya había defendido á las mujeres, á los viejos, á los chiquillos, á los labradores, á los obreros, á los mendigos, á los maestros de escuela, á los enfermos y á los desesperados, hablé de los ciegos. Dije cuatro vulgaridades y sostuve, como me dió mi pobrísimo ingenio á entender, que ha llegado para ellos la hora de pedir, no caridad, sino justicia; que lo que se ve con los ojos es lo externo, lo que nada vale, lo que se marchita y se va; que son dignos, no sólo de respeto, sino de admiración, esos seres que nada ven, pero todo

lo piensan y viven, para los cuales ni la mujer hermosa envejece ni el cielo tiene nubes; que sienten el ritmo de lo que no se acaba; el perfume de las rosas, que nunca se marchitan; la dureza de los metales, que jamás se oxidan; el rumor de las aguas, que nunca se enturbian. Esos hombres, mejores que los demás, porque, no deslumbrados por falsas apariencias, pueden sumirse en esa meditación que ha sido fuente de virtud en todas las teogonías y de saber en todos los sistemas; que ven más que los necios, que los idiotas, que los cegados por la pasión, y que, cuando todo en el mundo se renueva, pueden sentir cómo todo nace, sin tener el infinito dolor de mirar cómo todo muere.

Y—sigo creyendo que fué en sueños—como nadie en el mundo se acordaba de ellos, los ciegos lloraron de emoción y suspiraron de gratitud. Había que hacer algo por aquel escritor que no se burlaba de sus músicos ambulantes, cubiertos de polvo, rígidos, sobre el borde de las aceras, arrancando inspiradas y dulcísimas notas á sus instrumentos quejumbrosos, más amados por sus resignados y humildes pulsadores que el famoso violín de Cremona, que no ridiculizaba á sus maestros, á sus protectores ni á sus sabios; que sabía que había en Madrid un *Centro Protector de Ciegos* que se ha propuesto hacerles vivir de su trabajo, apartarles de la mendicidad, Centro en el cual todo cuanto ingresa es para los ciegos, sin que nadie viva á su costa; que con un poco de protección del Estado, que les cediera siquiera un local en donde instalar escuelas y talleres; con algo de bondad de los ricos, que llamaran á sus notabilísimas orquestas para amenizar sus banquetes; con un ápice de desprendimiento en todos

para suscribirnos como protectores con una ínfima cuota, podría en breve tiempo quitar á todos los ciegos de las calles, darles pan y enseñanza y utilizar unas energías tan dignas de estima como puedan serlo las de los sanos y videntes. Había que demostrar á aquel periodista que los ciegos eran bastante más que un pretexto para escribir artículos floridos, y que era hora de que, para saber lo que pasa en nuestro propio país, los que creemos ver por tener ojos, como el criado infeliz de Larra, los abriésemos para alejar, siquiera un instante, nuestra ceguera intelectual.

Se pensó en organizar en mi honor una fiesta. Mejor dicho, en honor de las ideas de bien y de justicia. Creer yo que la fiesta era mía, tener yo vanidad... ¿para qué?

Espejismos de la niñez, ansias de grandezas jamás superadas, nostalgias de poder y de gloria, irrealizables y febriles delirios de riquezas y vanos encumbramientos. ¡Qué lejos estáis! ¡Qué pequeño se ve uno á sí mismo cuando se ha doblado esa cumbre, más allá de la cual son los horizontes de hielo y los bordes del camino de arena! El corazón se enfria al mirar la nulidad propia, el ánimo desfallece y se postra; se ve cómo todos nos adelantamos hacia la luz y mirando á lo lejos los surcos en que tanto quisiéramos sembrar, los alcázares en que tanto teníamos que decir, doblamos al fin la rodilla para decir, mientras corre por nuestra frente un sudor frío y por nuestros miembros un temblor de invencible espasmo, como el malogrado y triste Guyau:

—¡Ah, no podré llegar!

Y entonces es cuando recordamos con pena y desconsuelo los días de entusiasmo y de fiebre, las horas silenciosas de estudio, los paseos en la

noche serena; cuando queremos deletrear en los mundos é interpretar el rumor de los élitros y buscar la significación del susurrante mover de las hojas, y decimos como aquel héroe de la balada:

—¡Si yo fuera rey!

Sí. Yo lo he sido en sueños un día. Subía con pie firme por la ancha escalera y una muchedumbre entusiasta me aclamaba al llegar. Entraba en el deslumbrante salón y me sentaba en amplio sillón de terciopelo y oro. Allí, en revuelta confusión, se agrupaban para escucharme ricos y pobres, damas y literatos, ciegos y videntes. Personalidades ilustres representaban al Colegio Nacional y al Centro Protector, y puestos en pie, me entregaban diplomas y obsequios. Hablaba, y mi voz era sofocada por vítores. Los hombres aplaudían, las mujeres lloraban, los niños agitaban sus bracitos. Los humildes, los desgraciados, los que todo lo sufren y todo lo esperan, formaban mi corte. Todos me sonreían, y una mudita de siete primaveras doblaba para saludarme su manita abollada por lindos hoyuelos...

No. No puede un hombre llegar á más. Daudet ha dicho que hay un momento en nuestra vida en que todos los astros refulgen, en que parece iluminarse para nosotros el cielo y la tierra. Más allá de tanta grandeza no cabe sino descender. Después de aquel momento de gloria no queda sino la decadencia y la muerte.

Incomparables músicas prorrumpían, en honor mío, en gratos é inspirados acordes; y yo, en tanto, pensaba con angustia que había acertado por casualidad, que acaso el contraste de mi pequeñez con la grandeza de la fiesta suscitaba la sensación del ridículo, y con gozo, en que una vez

siquiera, me alcanzaban á mí los holocaustos que sólo á la verdad, á la justicia y á la razón tributarse deben.

¡Oh, qué ensueño glorioso! ¡Qué poderoso contentamiento, qué dicha tan incomparable y fugaz!

Salí de allí conturbado, trémulo. Las aclamaciones seguían y hasta la calle misma me acompañaban los aplausos.

Solo en ella, sentí la necesidad infinita, el ansia irresistible de refugiarme en algo confortador y tibio; eché de menos un dulce escondrijo, un apoyo en donde reclinar mi fatigada cabeza, algo así como el tierno regazo de una madre...

Pero en aquel momento, en aquel mismo día, años antes, la mía había muerto, presa de un mal instantáneo, herida por la Naturaleza en golpe rudo, sin poder cambiar conmigo la postrera frase ni depositar en mi frente el último beso (1).

* * *

La belleza de la Naturaleza se ha cantado en todos los tonos; pero en ella no se encuentra sino por accidente la línea recta, la más noble y grandiosa, ni es posible hallar la armonía simétrica. La selva virgen es siempre menos hermosa que el bosque cultivado, sea cualquiera el parecer de Ruskin. La hembra salvaje es menos hermosa que la mujer civilizada, y el Partenón tiene más grandiosidad que la caverna del gorila. Sin embargo, la Naturaleza no es antiestética. Es sencillamente indiferente á los conceptos evolutivos que de ella y de las ideas forman los hombres. Si

(1) La fiesta á que se alude en este párrafo se celebró el 20 de Mayo de 1903.

en ella no hay Moral, es por igual razón que no hay Arte ni hay especulación científica.

El grito ¡volvamos á la Naturaleza! ha sido el de todos los grandes revolucionarios. Todo el idealismo naturalista, toda la escuela del llamado Derecho natural, identifica á la Naturaleza con la Razón. Kant, reintegrando al hombre en su libertad moral; Locke, volviéndole su libertad civil; Rousseau, tornándole á su independencia primitiva, proclamaron que en la Naturaleza estaban las fuentes de la Ciencia, de la Moral, del Arte y del Derecho.

La indagación moderna ha cesado de santificar á la Naturaleza; pero ha dejado de maldecirla. No busca ya en ella principios, sino hechos; pero tampoco la considera hostil á las altas especulaciones científicas ó á los grandes sueños de redención. Ella es indiferente, es impasible; pero procurándonos siempre los primeros datos de todo juicio, se somete siempre á su resultado y es blanda materia en que labra y golpea el cincel de todas las generaciones que piensan.

Un monismo racional, enemigo declarado de todos los dualismos, lo mismo del que separa al alma del cuerpo, que el que aleja el mundo de Dios ó la naturaleza de las cosas de la de las ideas, ha declarado que debemos volver á la Naturaleza, no para declararla sabia, bella y buena, sino para fundar en ella todo lo que, por ser propio del hombre, no puede dejar de ser natural y humano.

Así los modernos sociólogos identifican á la sociedad con un organismo vivo y estudian, con Schaeffe, su anatomía y fisiología. Los naturalistas, desde Darwin, buscan en la sociedad animal los rudimentos de los instintos que hacen vivir

á los hombres unidos. Cuando la inteligencia vacila, Hartmann, de acuerdo con la sabiduría popular, quiere que volvamos á lo inconsciente, y los artistas reconocen que todo renacimiento está en la ingenuidad primitiva y culto de las formas, y todos los moralistas aconsejan que huyamos de los descaminos á que lleva la vida social en la contemplación del eterno ritmo y de la perdurable majestad con que nacen, se desenvuelven y mueren las cosas.

Hay que volver á la Naturaleza, seguir el precepto de Lucrecio, escuchar el grito de los nuevos apóstoles de la Humanidad. Pero sépase bien: hay que volver á la Naturaleza del hombre, no á la del bruto. En ella residen los gérmenes de toda verdad con la razón, de toda belleza con el instinto, de toda justicia con el imperativo categórico. Y en esa naturaleza humana tan calumniada, pero tan invencible, encontraremos energías para luchar contra una regresión imposible al fanatismo y á la opresión despótica, y contra todo *naturismo* brutal que quiera, en nombre del progreso, hacernos regresar á la edad del oso de la espelunca.

*
*
*

Un soplo de aire frío llega hasta el *Nacimiento*: sube por las laderas de corcho, agita las briznas de musgo, columpia los ramajes subrayados de escarcha, mueve las aspas de cartón del molino, penetra en los ventanales de la ciudad pecadora y baja por las enarenadas pendientes á silbar en la puerta de la posada, á hacer rechinar la grúa del pozo y desgredarse el cáñamo de la rueca, á columpiar las gualdrapas de los camellos y besar,

por fin, blandamente la cuna del Salvador niño. La estrella de Bethleem oscila un momento sobre su eje de hojalata y sigue señalando el misterio; el humo de las candelillas recién apagadas se extiende sobre el valle, rozando con sus perfumes acres el río de cristal, y, por fin, se eleva en nubecilla tenue, sobre la carreta de bueyes, inmóviles como ídolos egipcios. Después, todo queda en la obscuridad y el silencio.

MELCHOR.—¡Es la noche, es la noche santa! ¡Mirad cómo estalla en las cumbres el grito del ave nocturna, cómo yerguen sus tallos las flores silvestres, cómo se desliza el arroyuelo entre juncias, cómo palpita la tierra al beso de la noche, cómo resplandecen los cielos á la nueva de la venida del Hijo de Dios!

JHONSON.—Mentira. Este mundo es almacén de lienzos y tablas; las montañas son cortezas de roble, los arroyos son vidrio, los cielos son telas. Tú mismo, infeliz reyezuelo, eres barro frágil, que, á la postre, habrá de revertirse á la arena.

MELCHOR.—Te conozco, sajón. Una mano imprudente te ha colocado en el fondo del valle, con tu saco de lana, tu sombrero de casco y tu malecón de cuero. Eres la civilización que llega, escéptica, fría, abrumadora, sin ilusiones y sin ideal. ¿Tú qué sabes de noches que cantan el psalmo eterno de Isaías, de supremas encarnaciones de dioses que llegan? No hay lugar para ti en Nazareth.

JHONSON.—Tú lo has dicho: soy la verdad. Me ha anunciado ese foco eléctrico apenas extinguido con que nuestro amo, que duerme en la cuna, ha alumbrado el establo. Mi voz ha resonado en el surtidor de presión que riega vuestro césped, en la rueda automática que gira junto á la presa,

en el paisano que apalea su rucio y en el leñador que hiende su tronco. Soy la verdad, fría, pero tónica, y por mí tenéis movimiento.

BATO (*despertando*).—¿Quién habla? ¿Se ha marchado ya el ángel?

JHONSON.—Los ángeles huyeron y los dioses se van.

EL BUEY.—¡Qué pesadumbre!

LA MULA.—Déjale: su charla es estéril.

JHONSON.—¿Es la mula quien habla de este rilidad?

BATO.—¡Vaya una figurilla grotesca! ¿De dónde ha salido ese espárrago seco?

JHONSON.—¿Y de dónde has salido tú, anacronismo vivo, parodia ridícula? No fueron como tú los apacentadores hebreos, ni vistieron tus herreuelos y calzas. Tan apócrifo eres como esas nieves que nunca blanquearon en las cimas judaicas.

BATO.—¡Tía Gila, creo que nos insulta!

TÍA GILA.—¡Bribón! ¿Quién te mandaba dejar tu pelliza y vestir jubones encintados? Así debiste abandonarla, como yo mi túnica y sandalia. El afán de lo nuevo nos ha perdido. Dejaron los zagales zampoñas y rabeles, y helos arrancando sonidos extraños á instrumentos de viento. En Dios y mi ánima que así les cuadra como al buen José la garlopa ó á Gaspar la espuela vaquera. ¿Qué hace el infame molinero con su pantalón almidonado y su encarnado gorro auvernés? Bien os lo aseguré que llegaría un día en que nos echaran de aquí gentes nuevas.

BATO.—Cállese, anciana, é hile, que ya chochea.

EL VIEJO DE LA LEÑA.—¡El tiempo pasa, y nosotros con él!

CORO LEJANO DE PASTORES.—¡Bendito quien

llega en nombre del Señor! ¡Bien hallado el Mesías!

JHONSON.—Es la fiesta del solsticio de invierno. Es Isis, es el Sol, es la conjunción de los astros, es la ficción caldea, es el mito egipcio que se repite.

MELCHOR.—¡Calla! ¡Es la verdad, que se perpetúa! ¡Es la Redención, que hace á los hombres salvos!

LAVANDERAS.—Lavamos los cendales del niño. ¿Es lienzo ó son hilillos de nieve tejidos por la luna?

JHONSON.—Vuestra luna es el arco voltaico; lo que llamáis arroyo es cristal fundido en los hornos del hombre.

BATO.—¡A callar! ¡Pastores, á mí!

JHONSON.—No; no se moverán. Están muertos; no pueden moverse sin mí, que soy la energía. Quedarán petrificados é inmóviles como el pasado, que se pierde entre nieblas.

BALTASAR.—¡Guíanos, oh estrella luminosa! ¡Guíanos adonde llevemos el incienso y la mirra, adonde veamos las profecías cumplidas y la humanidad salva!

CORO DE NIÑOS.—El horizonte se ilumina: el día se acerca. Cantemos al Señor. ¡*Hossanna, hosanna!*

JHONSON.—Sí; es el día. Es el día que ahuyenta las sombras, que desvanece los negros fantasmas.

CORO DE PASTORES.—¡Saludemos, pastores, al VERBO hecho carne! ¡Cantemos, cantemos á la glorificación del Señor!

*
* *

He hallado un libro de memorias. Casi siempre los llamados libros de memorias son propiedad de desmemoriados. Ved aquí lo que he encontrado en sus páginas:

4 de Agosto. 40 grados.—Estoy, no ya como el pez en el agua, sino como la salamandra en el fuego. Adoro la canícula. Sé que esta confesión me haría odioso á no pocas gentes, y por eso la guardo escondida, pero hay que ser sincero, siquiera á solas. El calor me entusiasma, duplica mis fuerzas, hace arder mi cerebro, inflamándole hasta el delirio, y ¡cuán hermoso es, en este mundo de bajezas é insignificancias, delirar una vez!

Cuando veo á mis semejantes sudorosos, arrebatados, esclavizados por insoportable jadeo, maldedir del calor, yo sonrío y miro con cierta voluptuosidad inexplicable subir en el termómetro la línea brillante del mercurio. Siento el vértigo de la combustión, como hay quien siente el de la velocidad ó el del abismo. ¡Arriba, más arriba! Ascendamos hasta fundirnos en la eterna llama. El frío degrada y afemina, con la invitación al refugio grato, al roce sensual de las pieles, á la caricia blanda del vapor de la estufa. El calor enaltece, es vida; á su llamamiento la Naturaleza despierta. Por eso mi religión es el Sabeísmo, mi poeta el Dante, mi heroína Mireya, muriendo de insolación entre los agostados trigos. El calor lo es todo; el genio es sólo una llamarada, como el amor una quemadura que, con el beso, nos duele de placer en los labios.

6 de Agosto. 42 grados.—La cabeza me pesa y parece que no funciona bien. ¡Ah, si pudiéramos suprimir de una vez para siempre la investigación y el pensamiento! De la verdad morimos. El gran Anatolio France ha dicho que si se pudiera dejar

caer de golpe la última verdad, el mundo perecería aniquilado. Por eso odio el frío. Se dice *la fría razón*, como se dice *el frío cálculo*. Cálculo, razón; he aquí los mayores enemigos que tienen los hombres.

En cambio, cuando queremos representar estados de bienaventuranzas y de dicha, hablamos del ardiente transporte, de la sensación cálida, de la pasión abrasadora ó de la tibia somnolencia. No amar ha dicho el poeta que es cosa fría. Si algo ha despojado de su encanto á los cielos, ha sido el medir los ciento sesenta grados bajo cero de los espacios interplanetarios.

Compadezcamos al esquimal, embrutecido por el alcohol europeo, acurrucado en su choza de témpanos; y envidiemos al indio, que se sale en pleno día á disputar al tigre la sombra de los bosques; al marroquí frugal, que después de comer los dátiles secos, ruge de pasión al mirar á lo lejos la sombría pared, tras la cual se baña en la alberca, perfumada por las flores de los naranjos, una mujer de bronce.

7 de Agosto. 43 grados y cinco décimas.—Esto marcha. La prensa rompe en lamentaciones. No se habla de otra cosa que de la temperatura, que á mí me parece deliciosa. «¿Ha visto usted el calor que hace?»—me ha preguntado un hombre muy gordo, á quien tengo un odio mortal por el mero hecho de tener una mujer muy bonita.—«¿Pero eso se ve?»—le he contestado con una sonrisa insultante. El hombre ha lanzado tres resoplidos, y yo me he frotado las manos diciendo para mí: «¡Anda y padece, miserable! Por hoy no disfrutarás de tu dicha.»

Pienso escribir un libro ó tal vez una pentalogía haciendo la apología del calor asfixiante. Co-

menzaré por demostrar que á todo el mundo le conviene que suba el termómetro. He aquí mi principal argumento:

El calor conviene á los poderosos. Es en la canícula cuando lucen su oro y su fausto. Viajan en coches que semejan alcázares; se hospedan en palacios que se asoman al mar, ó en castillos románticos trepados por húmedas hiedras. Buscan de noche, en las solitarias y fangosas marismas, ignoradas y misteriosas sensaciones á la luz de los astros; se sumergen en aguas frigidísimas que huelen á sales acres y perfumadas algas, y deslumbran en las playas y en los círculos donde se juntan los magnates. Para ellos el calor, en vez de causa de pesar, es un pretexto de regocijo y placer.

Los pobres... Pero los pobres aman el calor y la luz que no pueden hallar sino á cielo abierto, cuando entra el sol en el trópico de Cáncer y se celebra el nacimiento de Isis. Son libélulas atraídas por lo que refulge y abrasa. Su vida es ahora menos penosa que allá cuando la nieve parece un sudario tendido sobre los techos bajo los cuales calla solitario el hogar sin fuego.

Y los otros, la *inmensa minoría*, que diría cualquier consejero del Banco, exageran notoriamente su mal. El calor es bueno para la anemia, y la anemia se esconde casi siempre debajo del chaquet.

8 de Agosto. 44 grados.—¡Viva el calor! ¡Honra á los genios invisibles del fuego! Si yo fuera Dios, ó, por lo menos, demiurgo...

Aquí termina el manuscrito. Hojeando el librito he hallado en él un nombre y unas señas. Inmediatamente he querido hablar á ese hombre extraordinario que quisiera trocar el universo en